

Juan Enrique Cagnacci

Trabajó muchos años en Gas del Estado.
Se mudó 21 veces de residencia y finalmente
se volcó a un emprendimiento técnico

Por **Mariel S. Palomeque**

Nació en 1938, en Capital Federal, pero fue el lugar en el que menos estuvo. Desde los 18 años su vida se desarrolló en el interior, sobre todo en la provincia de Salta. Su padre, contador y posteriormente doctor en Ciencias Económicas, no vio con buenos ojos la primitiva idea de su hijo de ordenarse a cura. “Mis propios padres se encargaron de sacarme esta idea de mi cabeza, sobre todo mi padre, un laico muy convencido. Hoy se lo agradezco, porque mi vida como religioso hubiera sido un completo fracaso dada la evolución de mi formación y pensamiento. Así entré al colegio industrial, porque me veían muy hábil en matemáticas. Iniciado los estudios secundarios, al finalizar el ciclo básico, me orienté hacia la especialidad eléctrica, que adopté hasta que me recibí de electrotécnico, allá por el año 57”, cuenta Juan Enrique Cagnacci.

Hubo algunos intentos universitarios, aunque no prosperaron, ya que a Cagnacci le iba muy bien en lo laboral. Al principio se dedicó a la industria eléctrica como instrumentista pero, cuando surgió la licitación pública 5100 de YPF, para construir el gasoducto y oleoducto del norte, trabajó como contratado en la empresa SARGO SA, que estuvo a cargo de la obra.

“Luego del gasoducto que viene de Comodoro a Buenos Aires de diámetro nominal 10”, el del Norte fue el gasoducto de mayor diámetro y el más ambicioso que tuvo el país. Salía del yacimiento de Campo Duran y Madrejones hasta General Pacheco, en la provincia de Buenos Aires. Su diámetro era de 24 pulgadas y después bajaba de 24 a 22, a la altura de San Nicolás”, recuerda.

En 1961, tras un breve paso por YPF, el técnico se en-

contró circunstancialmente con uno de sus profesores del colegio industrial, que por ese entonces era gerente general en Gas del Estado. De hecho, el ingeniero Grau lo presentó en la empresa estatal y Juan Enrique ingresó directamente en Aguaray, Salta. Hasta ese momento, estaba trabajando en el interior, sobre todo, en Tucumán.

Su primer destino en la compañía fue Campo Duran. Allí estuvo como representante de Gas del Estado ante YPF en la captación y control de la cabecera de gasoductos, y en la operación del gasoducto en cuanto a mantenimiento e inspección. Se desempeñó hasta 1965, cuando lo trasladaron a la Planta Lumberas, donde primero fue auxiliar técnico, luego segundo jefe y, en los años finales, como encargado de la planta.

En Salta conoció a quien hoy es su mujer. Ella era de Vespucio y su padre trabajaba en YPF. “La conocí en el yacimiento, en las reuniones y comidas que se hacían entre los que vivíamos allí. Nos casamos cuando ella tenía 19 años y yo 23. Mis hijos nacieron en Salta: la mayor en Tartagal y los otros dos en Metán, la ciudad más próxima a Lumberas”, añade.

Cuando sus hijos crecieron, Cagnacci comenzó a pensar en los estudios, así que buscó la posibilidad de ir a Buenos Aires. En 1972 se trasladó al despacho de gas en Gutiérrez, porque Gas del Estado había terminado ya la obra Pico Truncado- Buenos Aires.

En Gutiérrez ocupó el puesto de segundo jefe y luego estuvo a cargo del despacho en todo el país. En 1982 pasó a control de contratos y trabajó específicamente con el gasoducto Centro-Oeste, que salía de Loma la Lata (Neuquén) e iba a San Jerónimo, en la provincia de Santa Fe, con una continuación a Mendoza y a San Juan.

Desde 1982 a 1986 estuvo en Mendoza como representante técnico de Gas del Estado ante COGASCO SA y luego volvió a Buenos Aires como jefe de operaciones, hasta que fue trasladado, en 1990, a Neuquén, como jefe del Complejo Neuquén. “Laboralmente, la única región del país que no pisé fue el Litoral, porque en ese momento no tenía caños. En total, me mudé 21 veces”, detalla.

Aunque Cagnacci no quiere personalizar el recuerdo de algún compañero, porque teme olvidar a otros, señala que siempre estuvo rodeado de muy buena gente y confiesa tener muchísimas anécdotas, que abarcan tanto los aspectos laborales como los familiares, dado que la modalidad de trabajo, en esos años, exigía la residencia familiar en barrios de viviendas próximos a los lugares de trabajo. Así, se formaban pequeñas comunidades relacionadas con la vida laboral.

Por la espontaneidad y sencillez, recuerda a un maquinista con acento bien gaucho para expresarse, destinado a la planta compresora Llavallol. Como se desempeñaba en trabajos de turno rotativo, este maquinista logró ahorrar para comprarse un auto, pero siempre llegaba tarde. Un día fue encarado por sus compañeros y respondió que se retrasaba por culpa de los “manfloros”, esas cosas que se prenden y apagan de colores verdes, amarillos y rojos. “Eran los semáforos”, relata, riéndose, Cagnacci.

“En Gas del Estado había mucha gente que se formaba en la planta misma y que, sin conocer a fondo la profesión, desarrollaba habilidades increíbles. Dentro de su interpretación de los distintos mecanismos que con-

forman una planta compresora y/o de tratamiento, eran excelentes trabajadores.

En el trabajo cotidiano se generaba una jerga que permitía la comprensión de todos. Por ejemplo, al escuchar el funcionamiento de las máquinas, los ruidos se definían como metálicos o secos. Una vez, en Trelew, conocí a un maquinista que cubría el turno nocturno (de 22 a 6) y, en caso de anomalías en algún equipo, debía notificar al jefe de guardia, que residía en un lugar próximo a las instalaciones. En este caso, estaba de guardia el jefe de planta, a quien le informó que, en una de las máquinas en servicio, percibía un golpeteo anormal en su funcionamiento. Cuando el jefe le pidió características del golpeteo (si era metálico), el maquinista le respondió, ofendido: “¿Qué quiere? ¿Que sea madérico?”.

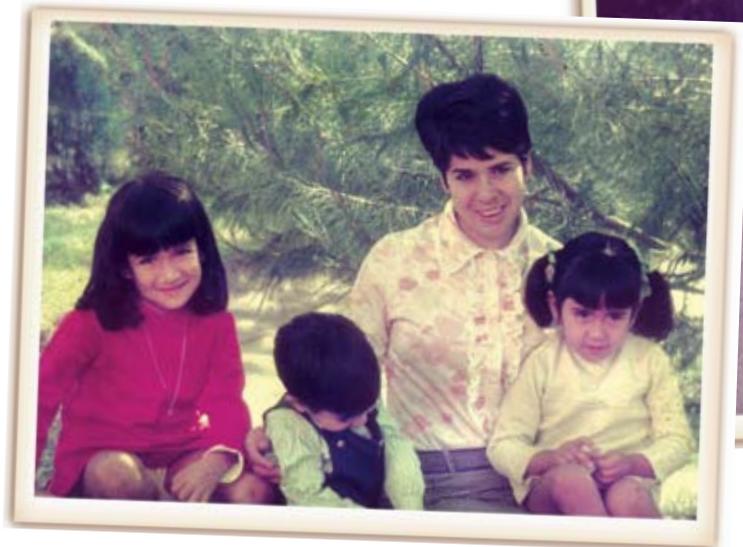
En ocasiones, Cagnacci debió estar cerca de algunos accidentes vinculados con las condiciones de explosividad del gas. “Una vez que las cosas pasan, los expertos aparecen. Esos eran los principios de la actividad del gas y, como dice el poeta español: caminante no hay camino, se hace camino el andar. Así, tuvimos que aprender sobre la importancia de la seguridad en el trabajo diario”, reflexiona.

Cagnacci estuvo en Neuquén hasta la privatización de Gas del Estado y se retiró en YPF. Explica: “En el año 92, Neuquén era un complejo que contenía al taller de mantenimiento pesado. De ese taller dependían cuatro plantas: Centenario, Fernández Oro, Río Neuquén y



Trabajando en Lumberas.

Abajo: Su mujer Sara y sus hijos: Esther, Cecilia y Gabriel. Derecha: Cagnacci en familia.



Medanito. En ese momento lo que había para captación en el yacimiento eran los motocompresores Pignone (de origen italiano), plantas autónomas que se distribuían directamente en el yacimiento, captaban en baja y en media presión, mandaban a distintos recolectores, se elevaba la presión a presión de transporte. Tanto en el caso de Centenario como en el de Medanito, se trataba de gases ricos; entonces, se pasaba por una planta de tratamiento para quitar los productos pesados. Obviamente, el gas se deshidratava para evitar que, por formación de hidratos, se obturara el caño y para que no condensaran en la línea provocando pérdidas de carga o disminución en el transporte. Por un convenio entre Gas del Estado e YPF, las plantas y el complejo en sí mismo pasaron a ser parte de YPF. Tuve un breve comienzo en YPF y finalicé en la misma empresa”.

Después de la privatización, el técnico tuvo dos opciones: quedarse en YPF o iniciar un emprendimiento vinculado con el taller. Se decidió por la segunda opción y dio inicio a un proyecto que aún hoy continúa vigente. “TMP es un taller importante en Neuquén. Hoy soy socio y colaboro con ellos. En cuanto a mi actividad particular, ni bien dejé YPF ingresé a Camuzzi como encargado de mantenimiento y luego pasé a ser jefe del sector, hasta que me retiré en el 2002”, resume.

De Camuzzi recuerda una tarea en particular, relacio-



Complejo Neuquén. Cambio de traza al Gasoducto D24

nada con el tendido de un caño paralelo al gasoducto cordillerano, en el cruce del lago formado por los Ríos Collón Cura y Limay, que conforman la represa de la Central Piedra del Águila.

Según Cagnacci, “esa estructura tuvo un trabajo muy especial, porque se la tendió debajo del lago que forma la represa. “Como estaba en el lago, había que compensar la flotabilidad, lo que se hizo con unas mantas que tenían unos contrapesos que mantenían la cañería reposando sobre el lecho del lago.

Cuando se inauguró el caño, anduvo muy bien unos dos años: de golpe, al observarlo desde el puente carretero (ruta nacional 237) divisamos al caño flotando y en servicio. Lo que hicimos fue sacar el tramo de caño de servicio, inertizarlo con gas nitrógeno, practicar una abertura sobre la cañería de Dn. 12 sobre uno de los márgenes: luego, efectuar un corte en la cañería sobre el margen opuesto, con la instalación de un cabezal de prueba hidráulica; después, introducir un *poly pig* y, mediante bombeo de agua extraída del mismo lago, lo dejamos reposando nuevamente sobre el lecho.

Con el caño en esas condiciones se encaró la normalización, que consistió en la colocación de nuevos contrapesos contruidos en hormigón, especialmente diseñados para asegurar el reposo de la tubería sobre el lecho. Estos contrapesos se transportaron en una barcaza equipada con un guinche y fueron posicionados por buzos, contratados para ese fin. En líneas generales, así fue el trabajo realizado: posteriormente se efectuaron las maniobras de limpieza previas a la reprobación hidráulica del tramo e incorporación del tramo paralelo al servicio. Cuando se hizo este trabajo, el gerente técnico de Camuzzi era uno muy conocido del IAPG: el ingeniero Carlos Buccieri”.

Actualmente, el experto comparte su actividad de Neuquén con una empresa local con la que realiza trabajos de ingeniería. Tiene cinco nietos, cuatro varones y una nena, y se define como muy cauto para hacerles recomendaciones, porque considera que el mundo cambió.

“Nosotros venimos de una generación en la que había cierta continuidad en los consejos y en lo que querían los padres, para uno y para sus nietos. Para mí, el consejo es estudiar, prepararse y leer, no porque esto ayude a ser exitoso, porque estamos en pleno cambalache, sino porque estudiar te hace ver la vida desde un ángulo distinto y te da un arma para gozar de la vida viendo otra perspectiva de las cosas”, concluye. ■